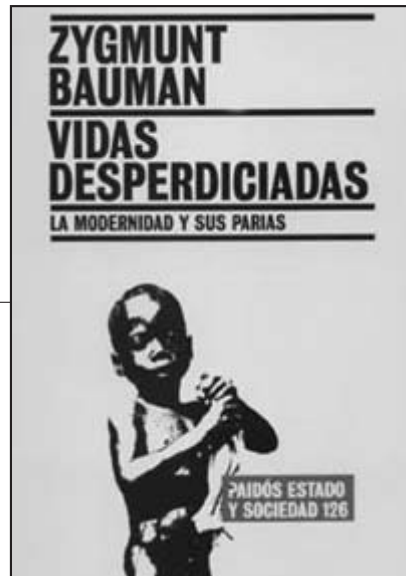


Zygmunt Barman (2005).
Vidas Desperdiciadas. Barcelona,
 Ediciones Paidós Ibérica.

El título del libro " Vidas desperdiciadas" habla bien a las claras del objeto de la obra, que no es otro sino el análisis pormenorizado de los excluidos del sistema político o de la construcción del orden como suele llamarlo el autor. Los excluidos también del sistema económico por el uso y abuso de la mano de obra, incrementado todo ello con las leyes del mercado. Por supuesto no deben olvidarse los excluidos del sistema social, los no bien vistos y que viven en condiciones denigrantes. Y, por último, los excluidos del sistema ético imperante, refrendado por leyes, decretos y consenso, que suelen convertirse en los chivos expiatorios de todo lo que desencaja en la sociedad actual. Cabe decir, no obstante, que el título de la obra, aunque expresivo supone un ligero alivio o retoque si se le coteja con los enunciados del índice y el desarrollo de todo el libro. Nos referimos al residuo, palabra de por sí hiriente y lastimosa. De cual-



quier manera, lo novedoso del libro es el análisis y la crítica que hace de la globalización como característica básica del mundo moderno o post-moderno, especialmente los capítulos segundo y tercero.

La idea matriz de Bauman es la sobreabundancia y saturación de residuos materiales y humanos con pocas esperanzas de reciclaje. Es curioso que esta idea esté maravillosamente condensada en la introducción del libro y minuciosamente desarrollada en el último capítulo, quizás el más logrado. Se advierte de tanto en tanto cierta monotonía y cierta reiteración de conceptos básicos ya mencionados y de otros anexos o muy parecidos. Ahora

bien, es en los subtítulos de los cuatro capítulos donde se aprecia el hilo conductor del autor. Con otras palabras, los residuos que va creando la época moderna o los sistemas político y económico, plasmados en el fenómeno de la globalización, tienen una justificación ideológica, una base sobre la que sustentar semejante artificio. Este subsuelo o fondo es lo que el autor explica con cuidado en el último capítulo, denominado "cultura de residuos".

Es una obra de fácil lectura y asimilación. Sólo en contadas ocasiones utiliza párrafos largos y engorrosos, sin que por ello sea difícil captar el nervio del pensamiento del autor. La dicción por tanto, es bastante asequible. Compagina de modo admirable su doble faceta de sociólogo y filósofo. Es un buen receptor del bagaje anglosajón y francés, especialmente en lo concerniente al análisis crítico de la sociedad actual. En su cosmovisión filosófica late el influjo de la filosofía alemana y rusa.

La posición de Bauman sobre la globalización y las consecuencias a todos los niveles anda a medio camino entre el escepticismo y la esperanza de un cambio, a todas luces duro y difícil. La pregunta que el autor se formula y formula al final del libro de "si el juego de inclusión/exclusión es la única manera posible de conducir la vida humana en común..." (p. 171) es un fiel reflejo de todo lo hasta ahora analizado y desglosado, esto es, su competencia sociológico-filosófica y

su ambivalencia frente al devenir humano actual.

Conviene, por último, hacer unas observaciones sobre los dos excursus de la obra (p. 65 ss y 126 ss). De un lado, el origen del poder político y religioso. Y, de otro el origen de la trascendencia o eternidad.

El origen del poder político y religioso se basa en el "temor oficial", siguiendo la estela del temor cósmico. La razón de uno y otro miedo es la vulnerabilidad e incertidumbre humanas. En el poder político y religioso es fundamental la mediación y la creación del miedo para justificar la necesidad de su existencia.

En el origen de la trascendencia o eternidad duda el autor, de una parte, entre la incompletitud humana, o sea, nuestras representaciones van siempre por delante del presente. Pues somos transgresores. Y, de otra, surge la trascendencia para hacer soportable la vida ante la finitud humana, esto es, la muerte.

La visión de Bauman es bastante ajustada a la realidad y no fácil de rebatir. Hay, sin embargo, dos o tres puntos muy discutibles. En primer lugar, es muy, muy arriesgado basar la razón de ser de la organización o convivencia humana única y exclusivamente en el miedo a la vulnerabilidad e incertidumbre humanas. Esto no cuadra mucho cuando el autor afirma que el origen de cualquier civilización es el ansia de la belleza (cfr. c. 4º). Lo mismo cabe

decir de su visión de la trascendencia o eternidad. Es muy cierto que se trata de una creación humana. Pero es muy discutible sostener que el miedo a la muerte y a la incompletitud humana sea la única vía para el descubrimiento de la eternidad. Pues el mismo autor sostiene que la fuente de la eternidad reside en el experiencia monótona e interminablemente reiterada de que eso (ella/el) estará siempre ahí. A este respecto, no deja de ser curioso la pobreza, por no hablar de falta de hermosura con que califica el aspecto positivo de la cotidiana vida humana. En suma la dimensión positiva del encuentro y descubrimiento de la trascendencia queda muy empequeñecida.

Igualmente, sobre los dos medios de los que se sirve el ser humano para la conquista de la trascendencia o eternidad, como son el lenguaje y la imaginación, deben hacerse ciertos reparos. Por ejemplo, sobre el lenguaje, qué es lo primero, ¿el lenguaje o la realidad?. ¿No va siempre el lenguaje a la zaga de la realidad? Con otras palabras, ¿No nos supera siempre la realidad?. ¿No es siempre el lenguaje quien da vida o crea a la realidad?. Sobre la imaginación. Es muy cuestionable reducir el mundo interior de la persona al mundo canalizado por los sentidos.

Carmen Marquina Serna

Universidad de Zaragoza, España

E-mail: carmenms@unizar.e